

EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTI-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.

La redacción se halla establecida en la COMISION GENERAL DE LIBRERIA, calle de Granada, número 74.

PRECIOS DE SUSCRICION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamacion que no se haga en carta franqueada.

La república de San-Marino.



CARTA I.



incos días hace que estoy esperando en Rímini á N... ¿Delante de qué estatua estará petrificado? Ayer, despues de almorzar, no sabiendo de que manera matar el tiempo, he hecho un viaje á la república de San-Marino. He recorrido su territorio en todos sentidos, he visitado sus aldeas, sus ciudades, he copiado algunos de sus paisajes, he estudiado su historia, sus costumbres, y he vuelto á Rímini antes de anochecer. Ahora sé de memoria á San-Marino; le tengo en mi álbum y en mi cabeza.

Un monte árido y escarpado á tres leguas y media de Rímíni, algunas colinas alrededor de este monte, varias aldeas, uno ó dos lugares, una ciudad, *la Città*, una iglesia, un convento y unas cuantas torres esparcidas por las rocas: he aquí toda la república. Se puede atravesar su territorio en su mayor estension en menos de una hora. La poblacion se compone de siete mil almas.

La capital, que está situada á unos dos mil pies sobre el nivel del mar, es una linda poblacioncita, elegante, bien conservada y adornada con varios edificios de buen gusto. En sus calles no se vé ninguna tienda, pues les está espresamente prohibido á los habitantes el vender nada.

He subido á la esplanada de la cárcel: desde ella he visto hácia un lado á la bella Rímíni y á las sombrías aguas del Adriático, y hácia otro los Apeninos, y en la cima de uno de sus picachos la célebre fortaleza de San-Les.

En la cárcel existen calabozos subterráneos, oscuros y húmedos, que me habrían hecho formar bastante mal concepto de la humanidad de la república, si no se hubiesen apresurado á decirme que no habia noticia de que nadie hubiera sido encerrado en ellos. El alcaide solo tenia bajo su custodia á un preso, culpable de un pecadillo, y le trataban como á un rey.

Para edificarme con el amor á la justicia que anima á los majistrados de San-Mario, me contaron la historia de un veneciano que fué á la *Cittá* á reclamar el pago de cierta cantidad de dinero que le debia hacia largo tiempo uno de los *cittadini*. Llevado á la casa del jefe provisor de la república, esperaba encontrar en ella, aunque en miniatura, la pompa y la solemnidad majistrales de Venecia; pero ¿cuál seria su sorpresa cuando le dijeron que el juez supremo del país era un hombre que con los brazos y las piernas desnudas estaba en una bodega pisando uvas en una cuba? Sin dejar su ocupacion escuchó el majistrado la querrela, hizo com-

parecer á su presencia al deudor y, luego que se personó este, le invitó á defenderse; pero no encontrando buenas sus razones, le condenó á ser encarcelado, y mandó que su casa fuese vendida sin dilacion. Al siguiente dia salió de la ciudad el veneciano, pagado hasta el último maravedí y encantado de aquella tan rápida manera de hacer justicia. Algunos meses despues seguia un pleito ante los tribunales de Venecia, y ocsasperado por los retardos y formalidades de costumbre, esclamió (al menos así me lo dijo el que me referia el suceso): «*Val piú un pistad' uva di San-Marino che dieci parruccine di Venecia.*»—Vale mas uno de los que pisan ubas en San-Marino que diez peluquines de Venecia.

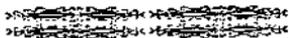
La constitucion de la república es mas aristocrática que popular. Es cierto que las antiguas cartas confieren el soberano poder á un gran consejo, llamado el *Arengo*, en el que cada familia de la república, pobre ó rica, debe ser representada por uno de sus miembros; pero en el dia abarca toda la autoridad el *Consejo de los sesenta*, y aun este solo le componen *cuarenta* ciudadanos, elejidos de entre las familias mas ricas.

Sin embargo, muy de tarde en tarde suele todavía reunirse el Arengo. La señal de convocatoria son los tañidos de una gran campana, que van á sorprender á los diputados hasta las *estremidades mas remotas* de la república. Una antigua ley condena á pagar una multa del valor de unos dos cuartos de nuestra moneda á todo miembro que no acude inmediatamente á su puesto, «y esto,» dice el testo, «sin ninguna rebaja ni gracia» (*sine aliquá diminutione aut gratiá*).

Cada seis meses, en marzo y setiembre, el Consejo de los sesenta elije de su seno diez miembros, entre los cuales se sortean dos para *capitanei reggenti*: la jurisdiccion del uno se encierra en la ciudad, y la del otro se estiende por el resto del pais. Nadie puede ser reelejido para estos dos cargos supremos sinó despues de un intervalo de tres años.

Los personajes mas importantes de la república, despues de las *capitanei*, son: 1.º un comisario, á quien la antigua ley encarga de juzgar *todas las causas*. Debe haber nacido fuera del territorio de San-Marino, no tener parentesco de ninguna especie con familia alguna de la república, y gozar reputacion de hábil jurisconsulto y hombre honrado. 2.º y 3.º el medico y el maestro de escuela: el médico se elije cada tres años, y está legalmente obligado á mantener un caballo, á fin de trasladarse con prontitud, sea de noche ó de dia, á cualquier punto del Estado á que sea llamado para ejercer su ministerio.

C.



A ELISA.



¡Cuán bello es contemplar desde la cumbre
de alta montaña el horizonte claro,
reflejando del sol la viva lumbre
en la azulada mar!
¡Cuán bello es ver de la naciente aurora,
envuelta entre celajes transparentes,
la rubicunda frente encantadora,
orlada de azabar!

Bello es tambien en el pensil florido
aspirar de las auras el aliento,
y estático escuchar embebecido
cantar al ruiseñor;
y ver á las pintadas mariposas
que, en alas de la brisa perfumada,
se ajitan y rodean amorosas
el cáliz de una flor.

¡Cuán bellos son la bóveda azulada,
tachonada de estrellas refuljentes,
y la mágica luna plateada,
que rielar se vé
retratada en la fuente cristalina,

do nacen los furtivos arroyuelos,
que lamen de la rosa purpurina
el espinoso pie!

.....

.....

¿Mas qué son, mi bella Elisa,
con tu esbeltez comparados
la flor que el campo matiza,
el agua que el viento riza,
del sol los rayos dorados?

¿Qué son de la noche clara
las estrellas y luceros,
la luna, de luz avara,
comparados de tu cara
á los ojos hechiceros?

¿Qué el aroma de las flores,
la armonía cadenciosa
de los pardos ruiseñores,
y las alas de colores
de la alegre mariposa,

al lado del grato aliento,
que entre dos corales bellos
ávido te roba el viento,
á tu delicioso acento
y al oro de tus cabellos?

Nada, que es tal tu figura,
ánjel del cielo bajado,
que fuera insigne locura
comparar con tu hermosura
cuanto en el mundo hay creado.

Empero una cosa siento,
que es mi eterno padecer:
el que siendo tu un portento,
de las gracias ornamento,
seas también una mujer.

EL TIO CREPÚSCULO.

EPISODIOS DE UN VIAJE. DESDE ALICANTE A JIBRALTAH.

(Continuacion.)

Sentados, pues, en derredor de una mesa cuadrilonga de madera de pino, pintarrajada en distintas ocasiones con varios colores, según se echaba de ver en los muchos desconchados que á manera de mapa la embellecían, y alumbrados por la manguante y opaca luz que, al través de los ennegrecidos tubos, despedían varios quinqués de singulares formas, pintados unos de colorado con cenefas de oro, otros de color verde-botella con filetes de amarillo de *Crom*, y algunos sin color ya y también sin forma conocida, pues la que tuvieron hubo de ser modificada por el diestro hojalatero, y rodeados de gigantescos arbustos y de tiestos con flores, que cesaban al viento suavísimo aroma, principié nuestro amigo V.... á revelarnos su aventura amorosa.

Debeis saber, nos dijo, que en el año 1811 me hallaba yo, y era también en setiembre, en la tan afumada y, para sus naturales, tan soberbia villa y corte de Madrid. En la referida época acababa yo de sufrir uno de esos terribles infortunios que fatigan el ánimo y dejan el corazón muerto para todo; ni la amistad ni el amor me interesaban: fijo mi pensamiento en los males pasados, deseaba el retiro, la soledad, para entregarme mas á mi placer á mis tristes recuerdos. Una tarde, al declinar el sol, me encaminé al Retiro con el objeto de respirar un aire mas puro; fuime por el lado en donde está el bellissimo conservatorio astronómico, obra magnífica; pero que, como todas las que de este género tenemos en España, está sin concluir, sirviendo ya sus desmoronadas paredes de refugio á las golondrinas, y los belllos capiteles de las columnas corintias que le adornan, de blanco á los muchachos, los que á pedradas destruyen las bellas labores que las adornan. Apenas encontré á nadie en este paseo: lajé, pues, por junto á la tapia, y por la calle del medio me fui al estanque y me senté en el pretil que mira á la fuente de la Salud.—En todas partes, amados lectores, hay aguas á las que se les atribuyen especiales y eficaces virtudes. Señores filósofos y médicos ¿en qué consistirá esto? ¿Es que la naturaleza ha sido tan previsora que, según opinion de algunos, al lado del mal ha puesto el remedio? Si esto es así, ¿no hubiese sido mejor y mas perfecto no haber creado el mal? ¿Y si para este, sea de la clase que fuere, existe un remedio, me quieren decir VV. señores médicos, que es lo que se ha descubierto hasta hoy de la ciencia que VV. profesan? No, no es la bondad de las aguas la que da nombre á las famosas fuentes; es que en todas partes hay enfermos que desean recobrar la salud: eso es y no otra cosa. Aquí tenemos una que llaman de la *Manila*, y es la tercera que yo he conocido: el nombre solo la define, y sin embargo hay una multitud de jentes que van á beber sus lijeramente sulfúreas aguas, á las que se atribuyen milhares de curaciones, que yo no pongo en duda, porque la *fe* con que las beben es para mí el verdadero específico. Ah, señores médicos! yo sé que al leer estas líneas frunciréis el ceño y desdenaréis mis observaciones; pero yo os prometo que en otro artículo entraré en materia y os probaré lo que ahora solo he querido apuntar de pasada, y nada mas.—Sentado, pues, en aquel delicioso paraje, me recreaba en contemplar como enturbaban las cristalinas aguas del estanque los blanquísimos cisnes que en manadas iban y venían de una parte á otra, cazando insectos y zambullendo sus largos y elegantes

cuellos en las aguas que apenas el viento movía levemente. El cielo iba perdiendo poco á poco su tinta sonrosada, y el triste crepúsculo estendía esa especie de vapor que parece interponerse entre nosotros y la naturaleza antes de aparecer las tinieblas. Los gigantescos árboles reflejaban en el agua opaco cristal del estanque sus caprichosas formas, y el ruido del viento, al mover sus hojas, consonaba con el dulce murmullo de la fuente y también con el desapaible graznido de los acuñiles que, como ya hemos dicho, cruzaban en las aguas. Apoyada mi cabeza en la verja de hierro del mencionado pretil, estaba inmóvil contemplando aquel apacible cuadro y oyendo á lo lejos el sordo rumor de la poblacion, el que crecía á la par que se aumentaban las tinieblas. Bello era aquel paisaje: su vista había producido en mi alma una dulce impresion; las penas que me afligian se habían suavizado al aspecto de aquella perfecta consonancia que me rodeaba. Creí, si no gozaba, en cambio tampoco sufría. Sacóme de este estado de abstraccion la vista de una mujer enlutada, de esbello talle, que con la faz velada pasó junto á mi seguida de una doncella perfectamente vestida. Apenas se había alejado como cuatro pasos de mí, creí que había cesado un suspiro, que el viento trajo á mi oído. Su andar era precipitado, era un andar de esas que fatigan y que solemos usar cuando necesitamos rendir el ánimo con el cansancio físico. Qué será esto, me dije á mí? ¿Será por ventura esta mujer desgraciada también, ó será una de aquellas misteriosas aventuras que en tiempos del artista rey Felipe IV tenían lugar en estos jardines, los que espesísimos entonces y guardadores de mil promesas que el amor ó el capricho hacia pronunciar á los enamorados y galanteadores españoles que formaban la corte de tan esclarecido monarca? Veamos. Dejé el asiento y me fui por una vereda á hacerme encontradizo con la misteriosa tapada; mas ella hubo seguramente de conocer mi intento, y aceleró visiblemente el paso, encaminándose hacia la puerta del Retiro. Yo no quise perder el tiempo, y entre cortés y atrevido me ofrecí á acompañarla, pretestando la soledad del sitio y lo avanzado de la hora. Unas gracias, pronunciadas con marcada emociion y con la voz mas simpática que he oído jamás, fué su respuesta. Desde aquel momento mi corazón sintió una nueva vida, un deseo irresistible de verla, de hablarla, de saber quien era... también sentí un respeto hacia ella, que yo no sabía á que atribuir, pero que ataba mi lengua. Con esta lucha íntima dejé el Retiro, y por el Dos de Mayo, atravesando el Prado por frente de la magnífica y nunca bien ponderada fuente de Neptuno, subí á la Carrera de S. Jerónimo, siempre detrás de mí desconocida, la cual entró en una casa grande, á cuya puerta me quede yo esperando, como el que espera una cosa que desea, y que sin embargo no sabe como la ha de obtener.

Así estuve largo rato, hasta que el ruido de un coche que paró junto á mí me sacó nuevamente de mi abstraccion: el lacayo abrió la portezuela al mismo tiempo que una bellísima joven apareció en el zaguan adornada con una graciosa pelegrina y con un gorro de color de rosa, el que competía con las dos que arbolaban su blanquísima tez. Yo estaba en el umbral de la puerta, y al pasar junto á mí observé que me miró de una manera muy marcada: entonces apenas reparé en ella; mas al entrar en el coche oí que la misma voz de mi tapada dijo al cochero: al Circo. Loco de contento creí haberlo adivinado todo, y al momento me fuí á dicho teatro. Mas para que he de cansaros? Básteos saber que nos entendimos, que nos amamos, que nos separaron violentamente, que ella me ha querido con el mismo delirio que yo la amo, y que despues de una separacion de ocho meses, ocasionada por... el que las ocasiones siempre, la hallo aquí sin saber como y me da una cita para esta noche.—No os puedo decir mas de mi historia.

—Pero esa joven, le dijimos nosotros, ¿es soltera ó casada?

—Es la mujer que yo amo, nos contestó.

—Adelante, chico. Veas en que te podemos servir esta noche, y ande la broma. Y tú M... ¿qué me dices de la choza de la *Larga*?

—Oh! ¡la *Larga*! ¡la *Larga*! Esta notabilidad no es para que la describan chambones como yo; es digna de que se emplee en ella la bien cortada pluma de tu amigo Rubí: yo solo te diré que he descubierto en ella una de esas heroínas fabulosas que nos cuentan los romances y, sobre todo, un tipo de los mejores y mas completos del célebre Boccaccio.

—Te entiendo, amigo Aquiles, y adivino tu narracion. Ahora es fuerza retirarnos con nuestro enamorado que, como todos lo que padecen esta dolencia, está impaciente y mirando á cada instante el reloj. ¿A que hora es tu cita?

—A las doce.

—Y á donde? ¿en qué calle?

—En la de Alamos.

—Pues vámonos ya.

Y así lo hicimos, con permiso de nuestros lectores, que ya les veo rabiar por que no se ha concluido aun este insulso y largo episodio de viaje.

JOSÉ PEVRET Y BOSQUE.



EL CONTRABANDISTA Y LA MAJA.

I.

Las quejas.

CONTRABANDISTA.

Ben acá, mala chulama.
¿Á qué me quiés camelá
y me la pintas é dama,
si cuando estube en Aljama
distes tanto que jablá?

MAJA.

Ben acá, so mar gaché.
¿Á qué me jechas en cara
que é fartao á tu queré,
si entretanto ayí con Clara
te gastabas er parné?

CONTRABANDISTA.

¿Y es aqueste er pago, dí,

que merese tu Corriyo,
empués é que por bibí
siempre aórando en tí
desterrao jué á presiyo?

MAJA.

¿Y este pago meresía
la que ar marqués esplumó
solo porque te quería,
y un cabayo te mercó
con los parnés del jusía?

CONTRABANDISTA.

¿Qué sa jecho aquer cariño
y aqueya fidelía
con que solias percurá
er poneme como un niño?
¿que san jecho, di, marbá?

MAJA.

¿Qué sa jecho aquer salero
con que tu me camelabas
y er tono saragatero
con que ar berme pronunciabas:
«¡vaya un cuerpo sandungero?»

CONTRABANDISTA.

¿Y eres tu la que m' esía
cuando tomaba er relaco:
«mira, pichon, arma núa,
que si sales por tabaco
me defiendas bien tu vía?»

MAJA.

¿Y eres tu er que me esía,
enseñando la naaja:
«si yo yegase argun día
á ser inlié á mi maja,
er corason m' abriría?»

CONTRABANDISTA.

¡Ay de mí, que no pensé
cuando pá Aljama saliera
que quien tan castisa jué
tal partía me jisiera,
y que faltara á su fe!

MAJA.

¡Ay de mí, que no pensé
en tan tierna despeña
esperá de quien amé
que á su amó orbiaría
por esa mala mujé!

II.

La Reconciliacion.

LOS DOS.

Gorbámonos á queré,
y ar orbío lo pasao,
que si yo á tí te farté,
tambien á mí mas fartao.
Pero si aquí en adelante
arguno yega á pecá,
aunque sea un solo instante,
tal estruendo se va á armá,
¡Jesucristo! en er Perchó,
que no abrá nengun poé
que lo venga á sujetá.

SIMEONCITO BARCHANAGA.



CRONICA TEATRAL.



Mucho se había hablado de la compañía dramática del presente año cómico, y grandes deseos se manifestaban de que empezasen sus trabajos los actores: se ponderaba el mérito de estos y se nombraban apellidos célebres

en los anales de la escena española; pero cuando ya pudieron darse noticias ciertas, hubo que rebajar algun tanto los elogios y sustituir otros mas modestos á los nombres que antes se pronunciaban. La frialdad que esto produjo es á lo que atribuimos la poca concurrencia que observamos en el teatro durante la primera funcion, verificada en la noche del domingo 19 del corriente, en la que se ejecutó la comedia del señor Breton de los Herreros

Un novelo á pedir de boca.

Aunque es cierto que la representacion adoleció de muchos defectos, tambien debemos decir que habiendo llegado solo el dia antes algunos de los individuos de la compañía, se puso en escena dicha comedia sin haberse estudiado, sin ensayarse y desempeñando casi todos los actores que tomaron parte en ella papeles que no eran de su cuerda. Los espectadores los trataron por estas razones con indulgencia, y nosotros nos abstuvimos de juzgar de su mérito, aun cuando despues hemos visto que ha habido quien no pensase como nosotros en este particular.

La composicion es ya demasiado oida para que nos ocupemos de ella.

Terminada la comedia, presentáronse dos parejas á ejecutar un baile nacional: la una es bien conocida del público, puesto que perteneció á la anterior compañía, y de la otra nada queremos decir, porque nada bueno podríamos manifestar. Felizmente sabemos que la empresa, deseosa de agradar al público, ha resuelto que no vuelva á presentarse en las tablas, ajustando otra en su lugar, sin perjuicio de que tiene ya contratada á la célebre bailera sevillana, conocida por la Nena.

El jueves 23 tampoco pudimos calcular con exactitud de las fuerzas de los actores que tomaron parte en la representacion de la comedia de nuestro distinguido poeta el señor Rubí, titulada *Bandera negra*. La ejecucion fué mediana. La señora Llorens, aplaudida en varias escenas, nos probó que si no puede calificarse de excelente actriz, al menos se esfuerza en complacer al público, y la conseguir su aplicacion, no dudamos en pronosticarlo, la proporcionara dias de gloria artistica. Hemos observado que dice con alguna afectacion, y quisiéramos desterrase este descuido, que tan contrario es á la escuela que hoy agrada.

Tambien para esta comedia faltaron papeles. La entrada fué escasa: consecuencia del disgusto de la funcion anterior.

De la composicion nada queremos decir, pues ademas de que el público la conoce, bastante dice el nombre de su autor.

En la misma noche se estrenó la traduccion de don Carlos Garcia Doncel, *La Barbera del Escorial*. Es un precioso juguete, en el que hay situaciones muy cómicas y mucha animacion. La ejecucion, aunque se resintió de los pocos ensayos, fué regular.

En fin, el domingo 26 asistimos con placer á la representacion de la comedia en dos actos, traducida del francés por don Juan Lombia, y que lleva por título *El Avare*. Su objeto es muy moral: pintar la avaricia en toda su deformidad y dar una fuerte leccion á los *idólatras del dinero*, poniendo á la vista las consecuencias que puede acarrear este vicio; he aquí el objeto que se propuso el autor, y á fé que lo ha logrado completamente. Los caracteres son buenos y estan perfectamente sostenidos, y el interés va siempre en aumento; por esta razon pasamos muy entretenidos la hora larga que duró el acto primero, á pesar de que el señor Lopez hizo cuanto pudo para abreviarlo con su precipitacion en recitar. La señora Llorens estuvo bastante feliz, y particularmente en las últimas escenas del acto primero: su voz, sus ojos, sus ademanes, nos hicieron conocer que es una actriz que siente, que se identifica con el personaje que representa, circunstancia indispensable para llegar á ser eminente en el arte de Talmás. Si el autor ha querido

dar al protagonista el doble carácter de avaro é hipócrita, el señor Warella nada dejó que desear. Los demás actores se esmeraron en el desempeño de sus respectivas partes.

Concluyó la función de este día con la conocida pieza **La sociedad de los trece**, cuya ejecución fué aplaudida con mucha justicia.

Aun no está completa la compañía; pero al escribir este artículo nos dicen que se están esperando de un momento á otro los actores que faltan.

Esperamos, pues, que pasaremos una regular temporada, máxime cuando las noticias que tenemos de la compañía lírica que ha de actuar en nuestro teatro el próximo verano son excelentes, y cuando ya ha contratado la empresa para dar algunas funciones á los célebres bailarines Madama Guy-Stephan y Mr. Petipá.



ADVERTENCIA.



En conformidad de lo que previene la cláusula 106, título 14. del decreto vijente sobre ley de imprenta, se pasó al diocesano un artículo correspondiente al número 7, que lleva por epígrafe: **CRÓNICA DE SEMANA SANTA**, según manifestamos á nuestros suscritores en el aviso que se les pasó á su debido tiempo; y **NO HABIENDO TODAVIA OBTENIDO LA PRECISA LICENCIA**, damos el número 8 en la época prelijada para su publicación, advirtiendo que el 7 será repartido tan pronto como obtengamos el espresado permiso, pues está impreso y solo se espera para hacerlo esta circunstancia.

EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTE-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes. La redacción se halla establecida en la COMISIÓN GENERAL DE LIBRERÍA, calle de Granada, número 74.

PREGIOS DE SUSCRICION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamación que no se haga en carta franqueada.

La república de San-Marino.

CARTA II.



L orijen de esta pequeña república, que ha sabido conservar su independendia en medio de las ruinas de tantos estados libres como antes la rodeaban, parece re-

montarse hasta los últimos años del siglo 3.º de la era cristiana. Por esta época el emperador Dioclesiano hizo llevar de Dalmacia, su país natal, artistas, artesanos y trabajadores de todas clases para que construyesen las murallas y reedificasen los edificios de la ciudad de Rímuni, llamada entonces *Ariminum*. El antiguo historiador Clementini testifica este hecho. *Venne ad Ariminum*, dice, *un grand número di architetti, scarpellini ó, diciamo, ta-*

glia-pietri e muratori, e un infinitá d'operai schiavoni. (Vinieron á Ariminun gran número de arquitectos, cinceladores ó, mejor dicho, picapedreros, albañiles y una infinidad de obreros esclavones.) Entre estos estranjeros se hallaba uno, llamado Marino, arquitecto hábil y discípulo ferviente de la Iglesia cristiana, entonces establecida en Italia. En el año 303 empezó Dioclesiano sus sangrientas persecuciones contra los cristianos: el pueblo católico hizo frente á sus enemigos, y en Ariminun, mas que en ninguna otra poblacion, obtuvo sobre aquellos ventajas considerables en las diversas refriegas que tuvieron lugar. Marino tomó las armas con el obispo Forli, Forlimpopoli y algunos otros sacerdotes, y aunque en un principio lograron rechazar y batieron á los soldados del procónsul del emperador, no tardaron en ser ellos vencidos, refugiándose entonces el arquitecto esclavon al monte Titano, que es como á la sazón se llamaba en el que actualmente está construida la ciudad de San-Marino. Allí se entregó á prácticas religiosas, que no tardaron en ponerle en olor de santidad y que atrajeron á su alrededor bastantes de las pobres familias emigradas de Dalmacia y una multitud de italianos perseguidos.

Algun tiempo despues dejó Marino su guarida para asistir á un conciliábulo eclesiástico que tuvo lugar en Rímuni, en el que tomó parte como *diaconus* ó diácono, pues en aquella época los arquitectos ó constructores de casas ocupaban un lugar en la jerarquía eclesiástica. Luego que murió, lo enterraron en la cima de la montaña que le habia dado asilo: despues fué canonizado, y el monte Titano llevó desde entonces su nombre. Al rededor de su sepulcro se ha construido una Iglesia, y sobre el altar mayor se ve su estátua, que sostiene en una mano *un monte coronado con tres torres* (estas son las armas de San-Marino.)

Tal vez esta república ha debido la conservacion de su libertad, tanto á la veneracion religiosa que protejia

su montaña, como á su pobreza y al espíritu pacífico de sus moradores. Una vez fué ambiciosa, y se vió á punto de perderse. En el siglo XII habia querido estender su territorio á precio de dinero, y en el XIV aceptó algunas dádivas de tierras que le hizo la corte de Roma, agradecida á que la hubiese socorrido en sus debates con los Malatestas, señores de Rimini. La mayor importancia que adquirió de este modo, tentó á sus vecinos, y fué despojada por ellos, que se repartieron sus dominios, dejándola reducida á sus límites actuales. En 1750 creyó el cardenal Alberoni agrandar al papa apoderándose de San-Marino con un puñado de soldados; pero su santidad hizo preguntar á los republicanos si efectivamente era su voluntad, como lo afirmaba el cardenal, someterse á su dominio temporal: toda la poblacion de la república contestó con un grito de indignacion, que llegó hasta la Santa-Sede, y el sumo pontífice les rogó entonces que se tranquilizaran y que permanecieran siendo independientes.

Cuando Bonaparte, á la cabeza del ejército de Italia, pasó por las inmediaciones de San-Marino, envió el 11 de febrero de 1797 una diputacion á la pequeña república, á fin de que la felicitase en nombre de la Francia por haber sabido conservar su libertad por tan largo espacio de tiempo, y tambien para ofrecerle cuatro piezas de artillería y algunos estados con que aumentar sus dominios. El gobierno de San-Marino aceptó las felicitaciones y los cañones; mas rehusó lo demás.

San-Marino ha sido en todas épocas un lugar de refugio para los descontentos políticos, y algunas veces tambien para los reos de otros delitos.

Cuéntase que á fines del último siglo un habitante de Rimini osó decir públicamente en un arrebato de cólera que San-Marino era una guarida de ladrones y malhechores: el consejo de los sesenta fué al punto convocado, y espidió una ley, la cual escluia para siempre

del territorio de la república al calumniador, su familia, sus descendientes y cuantos llevasen su apellido. Debe creerse que semejante ley caería muy pronto en desuso; mas no ha sido así: el orgullo de la patria tiene memoria. Hace algunos años que en medio de una noche tempestuosa perdieron el camino un hombre y una mujer, y fueron á llamar á la puerta de un habitante de Serravalle, aldea situada en los confines de la república. Abrióronles y se apresuraron á ofrecerles asiento al fuego; pero en el curso de la conversacion el viajero, dirigiéndose á la que acompañaba, tuvo la desgracia de llamarla señora *Bava*. «*Signora Bava!*» exclamó el aldeano, lleno de horror, «*Signora Bava!*» (este era el apellido del calumniador condenado á destierro cuarenta años antes). «*Via di casa mia ognuno col nome di Bava.*» (Fuera de mi casa cualquiera que lleve el nombre de Bava). Y sin querer escuchar nada, y á pesar de la tormenta, la mujer fué puesta en la calle.

Los habitantes de San-Marino son pobres por lo jeneral; pero se contentan con poco. El suelo produce buenas y abundantes cosechas, y los pastos son excelentes. No hay en el pais ningun manantial ni fuente; mas el agua llovediza y la nieve se conservan cuidadosamente en profundas escavaciones. Los vinos son estimados, y un antiguo historiador de la república los elojia en estos términos: «*I vini sono cosi amabili, purificati, graziosi é buoni, que non hanno da invidiare y claretti di Francia.*» (Los vinos son tan agradables, puros, de hermoso color y buenos, que nada tienen que envidiar al clarete de Francia).

C.



A MI AMIGO F... R...

¿Qué es la vida del hombre en este suelo
cuando el pesar su noble frente arruga,
cuando el amor sus lágrimas no enjuga,
dándole en su dolor algún consuelo?

¿Qué es la vida del hombre? Una cadena
que forman las delicias y los males,
que dejan al pasar bondas señales
impresas en la faz pura y serena.

¿Para qué vino el hombre á esta morada,
si combaten su pecho las pasiones,
si pasan cual mentidas ilusiones
los placeres, sumiéndose en la nada?

Nació para verter acerbo llanto,
para perder la calma y el reposo,
corriendo tras la dicha presuroso,
sin hallar en la vida dulce encanto.

Pues quiso el Dios que mora en el altura,
para probar del hombre el sufrimiento,
privarle de la dicha y el contento,
darle á beber el caliz de amargura.

Por eso Dios le puso en este suelo
antes que á la mujer, porque no hallase
cuando un consuelo á su dolor buscase
quien diese á su dolor algún consuelo.

Nacimos para penar
en este engañoso mundo,
nacimos para mirar
en nuestro éstasis profundo
la ventura resbalar.

Por eso el hombre se ajita
corriendo tras el placer,
por eso el pecho palpita
cuando el dolor no marehita
las gracias de una mujer.

Porque en este triste suelo,
en que no hallamos encanto,
nos da la mujer consuelo,
calmando nuestro desvelo
y enjugando nuestro llanto.

¿Cuán veloces los momentos
siente el hombre resbalar

cuando le toca gozar!
¡y cómo resbaban lentos
cuando le cerca el pesar!

Si huyen veloces los días
en que nos cerca el placer,
sin que pueda ya volver,
gocemos en las orjías,
pensando solo en beber.

Goza y canta en este día,
sin que el pesar te marchite,
sin que un recuerdo te ajite:
no pienses mas que en gozar.

Que todos vienen al mundo
para llorar y jemir,
para ver el porvenir
oculto tras el pesar.

Goza sin fin este día,
piensa solo en los placeres,
en el vino, en las mujeres
y en su halagüeño querer:

ALBACETE.

Olvida por un instante
el pesar y la amargura,
y no turbes la ventura
con los recuerdos de ayer.

M. M.^a S.

EPISODIOS DE UN VIAJE DESDE ALICANTE A JIBRALTAH.

(Conclusion).

Lució por fin el día 9 de setiembre, día designado para nuestra salida á Jibrartar, por cuya razon le consagramos M... y yo á visitar lo mas notable que encierra esta ciudad. Con V... no contamos para esta exploracion monumental, pues supusimos que otra mas grata le habria deparado ya el vendado rapazuelo. Algo mas tarde que la aurora salimos de casa para ir á la catedral, á la que nos dirigimos por la calle de *Pescadores* con el objeto de contemplar las mutiladas torres que allí existen aun, restos de la antigua muralla de la Málaga árabe, la que se extendia desde la Alcazaba hasta la romana y vieja fortaleza de *Alarazanas*.

La predicacion de esta catedral se acordó en cabildo de 3 de Junio del año 1500, y en el pontificado del Patriarca de Alejandría don César Riarío, año 1528, se principió tan magnífica obra, cuya invencion no se puede atribuir con certeza á ningun artista, puesto que andan muy discordes los pareceres de los eruditos entre sí fue concepcion del célebre Diego de Siloe, ó del famoso Juan Bautista de Toledo. Su composicion es elegante y suntuosa, á pesar de las indispensables modificaciones que hubo de sufrir su traza en el mucho tiempo que se tardó en edificarla. Las tres naves de que consta el templo son de muchísimo gusto; el techo se compone de graciosas bóvedas, labradas con estremado primor; pero lo que hay verdaderamente de notable, es el magnífico coro. Esta tan justamente ponderada obra, que al decir del respetable D. Antonio Palomino pudiera ser la octava maravilla, si octava maravilla no hubiese ya en España, se debe á los célebres escultores Ortiz, Michaél y Mera y Medrano. El primero hizo la silleria baja, cartilones y pirámides; el segundo el apostolado, y Mera y Medrano los cuarenta santos y tableros. En esta maravillosa obra de talla no se emplearon otras maderas que la caoba, cedro y granadillo, habiéndolas traído al efecto de América.

Sus dos órganos son de los mejores de España, en particular el del lado del Evangelio, debido á la munificencia del magnífico prelado el ilustrísimo Sr. D. José de Molina Larios, que lo hizo construir á sus espensas en el año de 1781 al célebre organero de Cuenca D. Julian de la Orden, habiendo trazado el diseño de la caja el arquitecto D. José Martín.

Hay tambien, aunque en corto número, algunos lienzos de afamados pintores: tales son uno que representa Nuestra Señora de la Concepcion, de Claudio Coello; una dolorosa, de Pedro de Mena; un san Juan de Dios, un san Francisco Javier y una Encarnacion, de don Juan Niño; y los que representan á san Sebastian, santa Catalina mártir, san Bartolomé, santa Maria Magdalena y la Adoracion de los Reyes, que son del célebre Jacobo Palma, y, por último, una soberbia Encarnacion del insigne racionero de Granada don Alonso Cano. Estos cuadros son todos de bella composicion y vigoroso colorido, aunque en el día estan bastante deteriorados por las injurias del tiempo, las que se aumentan con el forzoso abandono en que estan, por

la escasez de recursos con que cuenta hoy este cabildo, en otros tiempos tan opulento y brillante.

También hay en esta iglesia algunas esculturas de no escaso mérito: tales son un san Rafael, del malagueño Fernando Ortiz, y todas las de la capilla de la Encarnación, ejecutadas por el famoso granadino don Juan de Salazar y Palomino.

La gótica portada del Sagrario, debida á la liberalidad del ilustrísimo obispo de Málaga don Diego Ramírez de Villaesusa, es un monumento artístico de los más notables de esta ciudad. Las filigranas son de bellissimo gusto; las estatuas de dibujo correcto y bien plantadas, hermanando admirablemente la composición con la ejecución, pues encanta la prolijidad y limpieza de sus labores.

La catedral tiene á los extremos de su fachada principal dos torres formando martillo, de las que solo hay acabada una, cuya elevación, según se lee en una mezzuina lápida que hay en uno de sus costados, es de 334 palmos. De la otra no se ha llegado á construir más que hasta el tercer cuerpo.

Desde lo alto de la torre se descubre la población á vista de pájaro, la que pienso describir en otro artículo, y sobre todo su estensa vega, llena de caseríos, de preciosas huertas y de lagares. A un lado está Bella-vista; Churrriana y el Retiro á otro; Torremolinos, con su pequeño tajo, se descubre al extremo de la playa de poniente; al Norte, y al parecer á los pies del observador, se vé la famosa huerta del *Acíbar*, en la que fijó sus reales el católico Fernando cuando vino al cerco y conquista de esta ciudad; y al extremo opuesto, por el camino viejo de Antequera, descuella el minarete del convento de Trinitarios calzados, en cuyo sitio estuvo el real de la catedral Isabel. También se descubre por el N. E. el vetusto Jibraltar, cansado ya de arrastrar una vida tan larga y de que le dominan tan diversas y distintas generaciones; y, en fin, por el lado del Norte se divisa el famoso acueducto, construido el año 1782 por el ya mencionado ilustrísimo Larraz, de cuya liberalidad y mercedes fuera poco decir por más que la pluma se esmerara en elogiarle. Esta obra es de las más interesantes para esta ciudad, puesto que le trae el agua, elemento que aquí tanto escasea y que tan indispensable es en toda población, y en particular en estos países cálidos del Mediodía.

Cuando mi amigo y yo estábamos embebecidos en estas consideraciones, sonó junto á nosotros la campana *Maria*: su fuertísima vibración nos aturdió de tal manera, que determinamos poner nuestros oídos á buen recaudo.

Estas campanas son magníficas y, si mal no recuerdo, se bendijeron en el año 1785 por el ilustrísimo obispo de esta diócesis, D. Manuel Antonio Anacleto Ferrer y Figueredo. Esta larga y pesada ceremonia creo que significa... Mas ¿qué voy yo á decir? *Sorge, idea fatata*. No parece sino que un halo adverso guía la pluma de los que escribimos para EL RUBÍ: ya me iba yo á meter en el mismo laberinto que ha extraviado y perdido la célebre *Crónica de la última Semana Santa*. Libre me el Dios que protege mi pobre número de caer en semejante tentación: no, no quiero nada con celebrármelos teólogos: confieso que no entiendo una palabra de tan nebulosa ciencia. Sin embargo, debo declarar á mis lectores que ó yo soy un hadafoque, ó no sé que razón haya habido para prohibir, después de VEINTIOCHO DIAS, dos humildes artículos redactados con fervorosa fe y notable unción cristiana. Pero dejemos esta cuestión para otro lugar: ahora solo cumple á mi propósito seguir mi episodio de viaje.

Dieron las nueve, y como el sol se dejaba sentir más de lo que nosotros apetecíamos, resolvimos abandonar la torre, no sin visitar antes la sala llamada de los secretos, de igual construcción á la que hay de este mismo nombre en el encantado palacio de la Alhambra de Granada. Nos bajamos, pues, por la plazuela del Obispo, para dar un adiós al palacio episcopal, concluir

do en 1772 bajo las pésimas influencias del gusto churrigueresco, que con tanta profusion derramó en este edificio, en su origen de *traza* mas pura, el arquitecto D. Antonio Ramos.

Por la calle de san Juan de Dios, cuyo hospital eciesite hoy en el mismo edificio en donde antes estaba el corral de las comedias, nos bajamos al muelle para saludar la bella y lasciva fuente que hay á un extremo de la Alameda, cuya adquisicion se atribuye á una presa que hizo á los venecianos el célebre don Juan de Austria. Por la espaciosa Alameda nos encaminamos á nuestra habitacion, no sin contemplar con profundo sentimiento los bauto desnarigados de Venus, Neron, Trajano y otros héroes y personajes de la antigüedad, que hay esparcidos por ambos lados del salon, los que se han entretenido en mutilar los muchachos, causando pesadumbre y nial humor á los anticuarios.

V... no estaba en casa y, segun lo que nos dijo un criado, no deberiamos verle hasta la hora de embarcarnos. Llegó esta, y tampoco le vimos; mas como ignorábamos su paradero, nos fué forzoso irnos al Fenicio, en el cual era probable que le encontrásemos.

La hora de marchar se iba acercando, y V... no parecia su ausencia llegó á inquietarnos; mas en el momento en que estábamos suplicando al capitán del vapor que retardara la salida todo el tiempo que le fuese posible, le vimos entrar en el buque, juntamente con dos pasajeros. Sus facciones estaban algo contraidas, sus negros ojos brillaban de una manera particular: nosotros nos hicimos cargo de su emociion y le hablamos de cosas indiferentes. El comprendió nuestra delicada reserva, y se esforzó en tomar parte en nuestra conversacion, que versaba sobre la multitud de individuos de ambos sexos que iban á Jibraltar á *combinar* especulaciones mercantiles, vulgo contrabando.—Este tráfico escandaloso ¿a cuantas consideraciones no da lugar? ¿Los hechos que de él se desprenden, no destruyen por la base los mas seductores principios económicos en que se apoyan los que abogan por el sistema prohibitivo? ¿Si el objeto de este es eschuir del mercado nacional todos los artefactos estrangeros que se fabriquen en el pais, con el fin de proteger nuestra naciente industria, ¿por qué se permite que el fisco venda públicamente los objetos aprehendidos á precios ínfimos, mucho mas ínfimos que los que hubiera esijido por ellos el contrabandista? ¿No es esta una competencia mas formidable que la que sufririan nuestras fábricas con un sistema de comercio mas libre? ¿No es tambien cosa probada que en *todo* pais se introducen de contrabando todas las mercaderías que reclama el consumo? ¿No es evidente que en la península se consumen y venden todos los jéneros que se intentan introducir, ya sea por mano del defraudador, ó del fisco...? ¿Cuándo se jeneralizará en España la oficion á esta utilísima ciencia y podremos formar una opinion cabal del sistema económico que conviene adoptar en nuestro pais, para que corran abundantes las fuentes de la riqueza pública!

Nos alejamos al fin de la *suave*, de la *apacible* Málaga, dejando á estrihor la fábrica de hierro de la Constancia, la que asemejaba á un volcan por las columnas de fuego que arrojaban sus empinadas chimeneas y por la vivísima luz que despedían sus candentes hornos, la que reflejaba en las aguas de la vecina playa, tinéndolas de purpúreo color. El mar estaba algo inquieto por las corrientes del estrecho que le agitaban en opuestas direcciones. La mayor parte de los pasajeros se retiraron á sus camarotes; nosotros imitamos tambien este ejemplo, excepto V... que se quedó en el salon de recreo.

Á las seis de la mañana del dia 10 ya estábamos fondeados en la bahía de Jibraltar, en esa célebre peñon arrebatado á nuestros abuelos en 1704 por la ambiciosa Inglaterra. Inmediatamente nos dieron entrada, y una multitud de barqueros, los mas de orijen maltés, rodearon el buque con sus esquifes, ofreciéndonse á llevarnos á tierra. Ya en el muelle, hubimos de esperar á que

la policía hiciera con nuestros pasaportes... lo que hacen todas las policías del mundo, y que yo no sé ni me importa averiguar.

Una porción de *fiadores* de oficio se brindaron, mediante una corta gratificación, a salir garantes de nuestras personas ante la autoridad de la plaza. Por medio de este indispensable cuanto ridículo salvo conducto entramos en la ciudad, edificada en la falda del antiguo monte de Saturno, después columnas de Briarco y de Baco, y últimamente de Hércules. Difícil sería empeñarse en describir las sensaciones que experimenta un español al entrar en Jibraltar: la llama del mas puro amor patrio inflama el corazón, el que late ofendido al ver en poder de extraña jente una de nuestras mas preciosas joyas del Mediterráneo.

La población participa de ese linte melancólico y sombrío, propio del aparato marcial que la rodea y oprime. Sus habitantes, entregados eselusivamente al comercio, carecen de esas medias tintas y flexibilidad de carácter, que tanto distingue a los hombres que sin descuidar los intereses personales transijen con los pasatiempos de la cultura. En Jibraltar adora todo el mundo al Becerro de Oro, el deseo de adquirir este precioso metal es casi la única sensación que allí se experimenta. El dinero es el único agente que anima y mueve aquella sociedad; en todo se halla mezclado y ejerciendo una influencia poderosa. Las ofensas mas graves de honor se reparan con el dinero: el que da un bofetón á otro, si no tiene calores ó quince pesos fuertes con que remunerar á su victima, es llevado á la cárcel, en la que permanece hasta que satisfice á aquella la cantidad en que ha sido apreciada su siurazon. Allí obra el cálculo y nada mas; el corazón está sujeto con fuertes cadenas de oro: la voluntad no es espontánea, es siempre el resultado de una operacion aritmética. ¡Soberbio país para jente cobardel!

Un *ciceroni* nos llevó á la fonda italiana, sita en *Royal Street*. Yo me desayuné solo, y después de ver como coqueteaban á las primeras de cambio con unos pasajeros unas lindas judias que vivian en las casas de enfrente, me dispuse para ir á ver lo mas notable de la ciudad, sin olvidar las famosas cuevas llamadas de san Miguel ó san Jorge, san Cristoval y del Tesoro, y el ridiculo monumento elevado en la deliciosa glorieta de la Punta de Europa al inventor de la bala roja, el jeneral Elliot. Mas al tiempo de salir de casa entró V..., el que llevándome á su cuarto, me dijo, no con poca sorpresa mia:

—Un lance de honor me obliga á salir esta misma tarde en el vapor *Delfin*, y acompañado de M... para el inmediato puerto de Tánger. Me interesa sobremanera terminar bien un negocio ajeno que tengo entablado en esta: ¿tendrías tú algun inconveniente de encargarte de él?

—Pero dime, le repliqué yo: ¿ese lance es de tál naturaleza, que esija una resolución tan firme como la que estoy leyendo en us facciones?

—Sí, y por eso nos vamos á un país en donde no hay fondas. Dispensa, amigo mio, el que omita detalles que tu podrás adivinar ya.

—Pero ¿quien es tu adversario?

—Uno que tu conoces y que anoche se recató de tí al embarcarse en Málaga; pero que hoy vendrá á verte.

Singular era todo lo que me estaba pasando; así que, apenas recibí sus privadas instrucciones, salí de casa en busca de M..., al que hallé en una tienda acompañado de un desconocido y comprando una caja de pistolas. Una mirada triste que nos lanzamos mutuamente bastó para que nos entendieramos. Las pistolas se mandaron á mi cuarto, y M... y yo nos fuimos juntos.

—Segun lo que veo, le dije yo, ¿el lance se va á llevar á cabo de una manera terrible?

—Bien á mi pesar! me contestó; pero no hay otro remedio.

—Sabes algunos pormenores?

—Sí, y veo que entre personas de honor no hay mas medio que batirse.

Yo he procurado atenuar las condiciones del duelo; pero todo ha sido en vano: con dificultad se podrán hallar dos hombres de mas corazon y de mas firme voluntad. Ellos mismos lo han preparado todo; y estaban dispuestos a irse solos a consumir el lance, en el caso de que nosotros no aceptáramos sus condiciones.

Mucho discurrimos mi amigo y yo en aquellos momentos acerca de los desafios; pero al fin convenimos, a pesar de todo lo que ha querido decir en su contra el celeberrimo Fr. Jerundio, en que este uso bárbaro existirá justificado mientras los hombres no cambian completamente los principios en que descansan en la actualidad las leyes del honor.

Aquel dia lo pase yo muy disgustado. Poco antes de disponerse mis amigos para marchar entró en mi cuarto el adversario de V... ¿Era tambien un amigo mio! Nada diré de nuestra entrevista: seria muy poco interesante a mis lectores, y por otra parte creo que no la podria describir bien. En fin, llegó la hora fatal, y nos fuimos todos juntos al vapor: yo queria acompañarles tambien a Tanjer; pero V... me suplicó que me quedase para redondear sus asuntos lo mas pronto posible. Al separarnos me entregó una carta, diciéndome:

—Si yo no vuelvo al regreso de este vapor, abre esta carta y haz todo lo que en ella te digo. Adios.—V... me abrazó fuertemente.

En esto su adversario me llevó á la cámara.

—Es verdad, me dijo, que en breve debe V. regresar á Málaga?

—Sí, señor, á la vuelta del Fenicio; es decir, dentro de cuatro dias.

—Bien. ¿Y tendria V. algun inconveniente, en el caso de que yo no volviera de Tanjer, de entregar á una persona de aquella ciudad una carta mia?

—Oh! ¿quiera el cielo que no tenga que cumplir tal encargo! ¿Y en qué mas puedo ser útil á V?

—Gracias, amigo mio, por ahora no se me ocurre otra cosa: voy á darle á V. mi encargo.

Y á mi misma presencia escribió una carta, que no constaba mas que de dos líneas: yo me la guardé; y me despedien seguida de él y de todos los demás con el corazon lleno de amargura.

Los dos contendientes quedaron tranquilos: sus semblantes no revelaban la emoci6n de sus corazones; sus frentes estaban serenas; únicamente las miradas de fuego que se lanzaban daban á conocer el odio inextinguible que mutuamente se tenian.

Yo me retiré inquieto y con fatales presentimientos. La escena que acababa de presenciar era verdaderamente orijinal: irse á batir á Tanjer era querer consumir el duelo. El facultativo que les acompañaba fué por mandato espreso de los padrinos: los interesados lo reusaron tenazmente. ¿Y cuál era la causa reciente que motivó este desafio? Todos la ignorábamos: ellos la envolvieron en el mas profundo misterio. Nosotros no conociamos mas que una de esas sencillas historias, que con tanta frecuencia pasan en el mundo..... Al tiempo encomendé el trabajo de aclarar los hechos.

Los dos dias que se siguieron á la salida del vapor me parecieron eternos. Por fin llegó la tarde por mí tan deseada á la par que temida, en la cual debia regresar el Dellin. Yo me encaminé hacia el muelle por *Royal Street*, cuando una jóven vestida de negro, y con la faz velada, se acercó á mí, y me dijo:

—Caballero, ¿no es V. un amigo intimo de V...?

—Y de V. el mas cumplido servidor.

—Y dónde está...? ¿qué es de él?

Y descubrió un rostro bellissimo; pero con la misma fatídica expresion que el divino Milton describe el del ángel caido. Yo le conocí en el acto, y le dije:

—Señora, no puedo en este momento contestar á V.

—Pero por qué? Donde estan...? Por Dios no me haga V. sufrir mas!

—Pronto sacaré á V. de dudas, señora; tenga V. la bondad de esperar unos instantes.

Y me fui al muelle, en el que encontré ya á los pasajeros que venían de Tánjer.—V... y su adversario no estaban entre ellos!—M... me apretó la mano al mismo tiempo que una lágrima rodó por sus mejillas. Nada le pregunté: nada necesitaba ya saber.

Acto continuo abrí la carta que V... me entregó, dentro de la cual había otra dirigida á Málaga y para la misma persona á quien iba la que me dió su adversario, que era cabalmente la jóven que acababa de hablarme. ¿Qué hacer en tal conflicto? No hay remedio, es fuerza cumplir religiosamente las últimas voluntades. Me fui, pues, en busca de mi desconocida, la que me esperaba inmóvil en el mismo sitio en que la dejé.

—Y bien? me dijo, ¿que nuevas me trae V?

—Señora!... poner en manos de V. estas dos cartas.

—De él!... De los dos!! Cielos!!!

Y se fué sin decirme ni una sola palabra, despues de rehusar con descompuestos ademanes que la acompañara. Yo me trasladé aquella misma tarde á Aljceiras.

Pocos meses despues se leía en los periódicos de Madrid, en la parte destinada á la Gaceta de provincias.—*Aljceiras 17 de...* etc. Un hecho, cuya causa se ignora por todos, ha llenado de consternacion á estos pacíficos habitantes: una preciosa jóven, llamada doña N. N., acaba de fallecer de resultas de haberse tomado, segun se dice, una gran cantidad de fósforos.

La preciosa jóven doña N. N. era la misma á quien yo entregué las cartas de las dos victimas de Tánjer.

JOSÉ PEYRET Y BOSQUE.

À MI OLORES.

TU MENEÓ.

Son tus dientes ¡ay, gachona!
peasitos é requeson,

y la cara é tu persona
una frábica é turrón.

Mas, serrana, tu meneo,

es la esensia é la sá.
¡puñalá!

¡Ay, jaleo!
¡Chiquiya, boy á espichá!

¡Ay, que me beo y no me beo!

Mas negros son que las penas
tus cabeyitos, serrana,

y en tus mejiyas morenas
¡izo Dios nasé la grana.

Mas ná iguala á tu meneo,

qué es la esensia de la sá.
¡puñalá!

Serrana, boy á espichá,
y... ya me beo y no me beo.

He bisto en una taona
sarandearse loj seazos;
mas tus caeras, monona,
se asen al andá peacos,
qu' es d' un barco tu meneo,

¡Biba la esensia é la sá!
¡puñalá!

¡Ay, jaleo!
¡Jesú, que boy á espichá,
y... me beo y no me beo!

He bisto en un temporá
como se siernen las flores,
ajitás po er bendabá;
pero no he bisto, Olores,
otro iguá á tu meneo.

qu' es la esensia de la sá,
¡puñalá!

Nena, no te muebas má,
porque me beo y no me beo.

EL TIO CREPÚSCULO.

CRONICA TEATRAL.

Dos novedades se nos han presentado en el teatro desde la publicación de nuestro número anterior: **El guarda-bosque**, comedia en dos actos, traducida del francés, y **Jorje el armador**, drama en cuatro actos, también traducido del mismo idioma.

El guarda-bosque, que se puso en escena en la noche del 3 del corriente, es un bonito cuadro social, es decir, que agrada; pero no se puede calificar de bueno, por estar lleno de inverosimilitudes, particularmente el acto segundo. El no haber llegado el número de espectadores á dos docenas, lo que naturalmente enfria á los actores, y el haber confiado á algunos de ellos papeles muy superiores á sus fuerzas, hizo que la ejecución fuese menos que mediana.

Jorje el armador, que se representó en la noche del 10, es un buen drama, lleno de interés, el que crece progresivamente hasta llegar al desenlace. Sin embargo, el género á que pertenece no agrada en general á los españoles, y aun en Francia ha decaído ya mucho. Aconsejamos, pues, á la empresa, que escasee el poner en escena composiciones de esta especie, y mucho menos en la temporada de verano. La ejecución fué mediana. La señora Llorens estuvo bastante feliz en el desempeño de su papel, y particularmente en los finales de los dos últimos actos nos dejó muy complacidos. También tenemos el gusto de decir en su elogio que va desterrando la afectación en el recitar de que hicimos mención en uno de nuestros artículos anteriores. El señor Warolla nos pareció bien en todo el drama, y estuvo feliz en su escena del tercer acto con el señor Zafrán: con lo que no estamos conformes es con el traje que vistió, pues aquella levita de jockey con que se presentó en el acto primero, no la han usado jamás los marinos franceses de ninguna época, y formaba un anacronismo con el resto del traje. La señora Cala y el referido señor Zafrán nos agradaron. Si este último se dedicase con preferencia á los papeles de tercero, luciría en ellos mas que en los de galán, que son los que ejecuta por lo común. El señor Lopez sigue corriendo la posta. En esta noche se presentó por primera vez en el palco escénico el señor Ortiz, primer barba de la compañía; pero como quiera que desempeñó un papel tan corto, que solo tomó parte en dos escenas del primer acto, dejamos para mas adelante el juzgar de su mérito artístico.

Sabemos que está ajustado para la segunda temporada de este año cómico, y como primer actor de carácter jocoso, don Joaquín Arjona, que tan buenos ratos proporcionó al público malagueño en el tiempo de su permanencia en esta ciudad.

Se estan ensayando muchas comedias nuevas, y todas han obtenido ya en Madrid buen éxito al estrenarse.

ADVERTENCIA.

Al entrar el presente número en prensa se nos hace saber, despues de **VEINTIOCHO DIAS DE EXAMEN**, que no ha lugar á conceder licencia para la publicación del artículo que lleva por epigrafe **CRONICA DE SEMANA SANTA**; por consiguiente el número 7, que teniamos ya impreso y esperando solo para publicarle al espresado permiso, queda inútil, inmediatamente se sustituirá con otro el mencionado artículo, se imprimirá nuevamente aquel y se repartirá á nuestros suscritores en la semana próxima.

Malaga: Imp. de D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, núm. 74.

EL RUBÍ.

**PERIÓDICO TRISTI-ALEGRE,
DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.**

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes. La redacción se halla establecida en la COMISIÓN GENERAL DE LIBRERÍA, calle de Granada, número 71.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN. En esta ciudad, **tres reales al mes;** pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses,** franco el porte.

No será atendida ninguna reclamación que no se haga en carta franqueada.

Pesca de la ballena en la antigüedad y en los tiempos modernos.

ARTÍCULO PRIMERO.



así, cuerpo á cuerpo, á un animal, es de sesenta pies.

odas las pescas que se hacen en los diversos mares ofrecen dificultades y peligros; pero, sin contradicción, ninguna es mas difícil y peligrosa que la de la ballena. Aunque este cetáceo no tiene dimensiones tan colosales, ni con mucho, como lo han afirmado varios escritores y lo creen aun bastantes personas, y á pesar de que la ballena franca, que es el objeto principal de la pesca, sea notablemente inferior en magnitud á la ballena jubart, sin embargo puede calcularse cuan arriesgada acción es la de atacar en su elemento y, por decirlo

Esta empresa era considerada en los tiempos antiguos como tan superior á las fuerzas del hombre, que Job, para hacerle conocer su debilidad comparada con el poder divino, se sirve de este ejemplo:

«¿Podrás por ventura,» dice, «sacar fuera con anzuelo á la ballena, y atar su lengua con una cuerda? ¿Por ventura pondrás anillo en sus narices, ó le horadarás la quijada con una armella? ¿Por ventura multiplicará ruegos para contigo, y la recibirás por tu sierva para siempre? ¿Por ventura jugarás con ella como con un pájaro, ó la atarás para tus esclavas? ¿La harán trozos tus amigos, la dividirán los mercaderes? ¿Por ventura llenarás redes con su piel, y nasa de peces con su cabeza? Pon sobre ella tu mano, reflexiona en lo que seria la lucha, y no sigas ya hablando.» (Lib. de Job. C. 50. V. 20 y siguientes).

En tiempos de Claudio baró una ballena en el puerto de Ostia: pusiéronse maromas en la entrada de la bahia para impedirle salir, y el mismo emperador atacó con una escuadrilla al cetáceo, que pereció atravesado por los dardos de la guardia pretoriana. Fué aquella una diversion extraordinaria; pero nada mas que una diversion, porque no se aprovecharon los despojos del animal. Despues no hay noticia de que se hallan repetido hasta los tiempos modernos, y con objeto de utilidad, expediciones semejantes.

Cierto es que Juba, rey de Mauritania, al hablar de una porcion de cetáceos que habian penetrado en un rio, en el que perecieron, dice que los mercaderes se procuraban el aceite de aquellos animales (probablemente el que flotaba en el agua alrededor de sus cuerpos medio descompuestos), y que él tambien lo empleaba para untar el cuerpo de sus camellos, preservándoles así de las picaduras de los tábanos; pero este uso era tan limitado, que Plinio, que hace mencion de cuarenta y dos especies de aceite, guarda silencio sobre el de pescado.

Quando algun cetáceo grande moria en alguna playa, aquel suceso era considerado como una verdadera calamidad por los habitantes de la comarca, en razon al mal olor que eshalaba el cadáver; y los naturales de Bunes, segun nos refiere Plutarco, atribuyeron una enfermedad pestilencial, que hizo grandes estragos en la ciudad, á las emanaciones que arro-

jaba el cuerpo de una ballena, depositado por las olas en una playa inmediata.

Las especies de cetáceos pequeños eran ya, sin embargo, hacia esta época objeto de una pesca bastante importante en los mares de la Grecia; pero no se buscaban por el aceite, sino por su carne. Hoy día nos parece esta carne repugnante; mas sin duda antiguamente eran menos delicados, y sabemos que en la edad media se veían las pescaderías abastecidas de delfines y marsoplas.

Probablemente por la pesca de las grandes especies de delfines han preluñado los habitantes de todo el litoral de la bahía de Vizcaya la pesca de la ballena, y ellos fueron los primeros en hacer de esta última un objeto de industria regular. Luego que las ballenas, que al principio de nuestra era se encontraban aun con frecuencia en aquellos mares, se alejaron de ellos, los vizcainos fueron mas lejos á buscarlas, y tambien los asturianos se dedicaron casi al mismo tiempo que sus vecinos á la gran pesca. Desde esta época, como no podían las embarcaciones volver al puerto despues de cada presa, se vieron obligados los espedicionarios á emplear otras mayores que las que hasta entonces habian usado, suficientes á contener todo el producto de una *estacion* de pesca y construidas de modo que les fuese posible instalar á bordo las calderas y hornillos destinados á derretir las mantecas.

Es, pues, indudable que los españoles pueden vanagloriarse de ser los primeros que emprendieron estas lejanas espediciones y, por consiguiente, de haber dejado atrás en esto á todas las demás naciones de Europa. Así es que se encontraban antiguamente muchas palabras españolas en el lenguaje de los balleneros, y que en una lista de objetos necesarios para la pesca, lista escrita en inglés en 1589 y conservada en la coleccion de Hakluyt, los mangos de los arpones son llamados *estacas*; los cuchillos para destrozár, *machetes*, y las cuerdas de las lanzas y arpones, *vaivenes y arponeras*.

Las primeras espediciones de los ingleses para la pesca de la ballena no son muy posteriores á las de los vizcainos y asturianos, y existen documentos relativos á una tentativa de este género hecha por aquellos en 1324. Sin embargo, en esta época los navegantes formados en Inglaterra estaban muy lejos de igualar á los de la bahía de Vizcaya; así que sus viajes

fueron en general tan poco provechosos, que hasta fines del siglo XVI no prosperó este ramo de industria en aquella nación. Reanimóse repentinamente despues de las primeras expediciones á la bahía de Hudson; pero desde que se supieron en Europa las ventajas que prometia la pesca en los mares árticos, los holandeses, que habian formado hacia pocos años su compañía de las Indias orientales, pensaron que tal vez habria tanto que ganar en las inmediaciones del círculo polar como en los trópicos; y, sin descuidar la primera especulación, emprendieron la segunda, que continuaron con igual perseverencia. Conociendo que desde luego no podia ser su habilidad y destreza en la pesca que nos ocupa igual á la de hombres que se ejercitaban en ella hacia ya siglos, empezaron por servirse de marineros vizcainos; mas discípulos dóciles en un principio, acabaron por hacerse amos y no necesitar del socorro de nadie. No obstante, los ingleses, que habian surcado aquellos mares cuatro años antes que los holandeses, quisieron arrojar á estos de ellos, á pesar de la paz que existia entre ambas naciones, lo que dió márgen á las hostilidades que estallaron en 1617. Otras varias potencias europeas se negaron, como la Holanda, á reconocer las pretensiones de Inglaterra, y la contienda se hizo general. Al fin los balleneros se vieron obligados por su propio interés á dividirse aquel mar é imponerse límites.

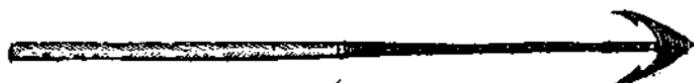
Los vizcainos, como dejamos espuesto, habian tomado la costumbre de estraer el aceite de cada ballena tan pronto como la apresaban; pero los holandeses, por temor al fuego, no se atrevieron á derretir la grasa á bordo, y al principio la conservaban en barricas hasta su regreso. Este método tenia el inconveniente de hacer su aceite de peor calidad y mas caro, por lo que la compañía formó una factoría en Spitzberg, á donde todos sus buques, que pescaban al este de Groelándia, llevaban la manteca, siendo allí convertida en aceite. La poblacion, á la que dieron el nombre de Smeeremberg (del verbo *smeeren*, fundir ó derretir), era durante la estacion de la pesca el centro de una actividad prodijiosa. Allí concurrían multitud de mercaderes, y á 44 grados del polo se encontraban tantos objetos de lujo y de comodidad como en Amsterdam.

El establecimiento continuó prosperando hasta el momento en que las ballenas se alejaron de aquellos parajes, y por consiguiente tambien los pescadores cesaron de frecuentarlos. Acce-

ció esto gradualmente en el espacio de cerca de diez años, desde 1660 á 1670, y una guerra que estalló entonces obligó á abandonar del todo la factoría, que hoy ni aun se sabe á punto fijo el lugar que ocupó.

De este modo el teatro de la pesca ha cambiado con frecuencia de sitio. La costa oriental de Groelandia era considerada por los balleneros ingleses hace quince ó veinte años como uno de los mejores parajes para el objeto, y en el dia esta parte del mar se encuentra completamente desierta, pues los buques atraviesan sin detenerse el estrecho de Davys para penetrar en la bahía de Baffin, situada en la costa opuesta de Groelandia, donde actualmente es la pesca muy abundante; pero mas peligrosa que en cualquier otro lugar, por causa de las montañas flotantes de hielo, que son allí muy numerosas y que ocasionan todos los años la pérdida de algunos barcos.

Los buques empleados en la actualidad para la pesca de la ballena son ordinariamente de porte de 350 á 450 toneladas, y tienen de tripulación desde 30 hasta 45 hombres, incluidos el capitán, el cirujano y los jefes de las lanchas, que están considerados como oficiales. Cada lancha se tripula con 4 ó 6 remeros, el jefe, que va al timón, y el arponero, que se coloca en la proa. Los principales instrumentos de que se provee cada una, son dos arpones y seis ú ocho lanzas, de la figura que se ve á continuación.



Arpon.



Lanza.

La vara de hierro del arpon tiene cerca de 3 pies de largo y termina por el lado opuesto á la punta en un cañoncillo de hierro, en el que entra el mango de madera que sirve para lanzarlo, el cual tiene unos 5 pies de longitud. Encima

del cañoncillo hay una presilla de cáñamo trenzado, que recibe el extremo de una cuerda, también de cáñamo, cuyo grueso es de 21 líneas y su longitud de 435 brazas.

La lanza no se arroja, como el arpon, sino que se hierre con ella sin soltarla de la mano: su largo es de 13 á 14 pies, incluso el hierro, que tiene 8.

Así que llega el buque á las aguas en que se espera encontrar ballenas, un hombre permanece constantemente en observacion en lo alto del mástil, y luego que descubre alguna, da aviso y los botes se echan al mar, procurando los remeros acercarlos á ella sin asustarla. Cuando la lancha que ha avanzado mas se encuentra á la distancia conveniente, el hombre colocado en la proa lanza al cetáceo con toda su fuerza el arpon que tiene en la mano; la ballena, sintiéndose herida, sacude la cola con violencia, movimiento que seria fatal para el bote si no cuidasen de apartarle con presteza; el animal se sumerge en seguida y arrastra con una rapidez grandísima la cuerda que está fijada al arpon, y como el roce de esta cuerda en la borda de la lancha seria capaz de inflamar la madera, un marinero cuida de bañar con agua de cuando en cuando el punto de contacto.

Al cabo de una media hora la ballena vuelve á aparecer en la superficie del mar; pero muy lejos del sitio en que se sumerjió: sin embargo, como se puede por diferentes señales juzgar de la dirección que toma, procuran los botes encontrarse cerca de ella en el momento de su salida del agua. Para mayor seguridad se le arroja entonces un segundo, y aun otro tercer arpon, y acto continuo se la ataca con las lanzas.

Luego que muere el cetáceo, se le arrastra hácia el buque, y le aferran á lo largo de uno de sus costados para despojar el cuerpo de la manteca y las quijadas de las barbas; la carne se abandona, y es presa de las aves acuáticas, osos y delfines.

El tiempo empleado para la captura de una ballena varia mucho, pues en ocasiones se ha dado muerte á algunas en menos de media hora, y para otras se han necesitado dos días.

C.



LA AUSENCIA.

CANCION.

I.

Al perderte, mi gloria, he perdido
de mis goces la paz regalada;
y mi frente, de sombras velada,
dice bien mi profundo pesar.

Cuando brota mi llanto escondido,
es arroyo en un valle sin flores,
y mis cantos son hondos clamores
en la orilla desierta del mar.

II.

¿Qué dejaron los cielos al alma,
al dejarme sin tú pesaroso?
De la aurora en que fui venturoso
un recuerdo amargado con hiel.

La memoria y la lúgubre calma
del desierto, sin risas ni encanto...
¡Infeliz corazón, que ama tanto
sin que nadie suspire con él!

III.

Tú, beldad, que mi pecho enamoras,
si te lleva mis ayes el viento,
al decirte mi afán y tormento
júrale que tu amor no perdi.

Por piedad, mientras jiran las horas
que han de vernos, mi bien, inclementes
lamentar nuestros males ausentes,
no me olvides, mi amor, piensa en mí.

JUAN VILA Y BLANCO.

Alicante.

LOS DOS PLANTADORES.

(Continuacion).

III.

La venganza.

Una clarísima luna iluminaba la pradera y los grupos de árboles, sembrados acá y allá y semejantes á las islas de un archipiélago; los plañideros gritos de millares de insectos resonaban en el aire; escuchábanse á lo lejos ahullidos de lobos, á los que de cuando en cuando respondían los gruñidos casi humanos de los caimanes; mas allá se descubrían algunos centenares de búfalos montaraces, pastando ó echados en las altas yerbas, y en el recinto de la plantacion dormitaban tranquilamente los rebaños de la viuda. Despues de recorrer el jardín inutilmente, saltó Rivers el vallado que le rodeaba: pero á pesar de que dirigió la vista en todas direcciones, ninguna forma humana descubrió en la superficie de la vasta llanura. No dudando que el asesino se habria dirigido á la espesura mas cercana, se encaminó corriendo á un encinar de poca estension, que coronaba un montecillo situado á la orilla del rio. Al penetrar en él creyó ver deslizarse un bulto por entre las ramas, cubiertas de hojas á la sazón; aumentó entonces la velocidad de su carrera, siguiendo una estrecha senda que serpenteaba por entre los árboles, y por tres ó cuatro veces se presentó á su vista, desapareciendo en seguida, el mismo objeto. En fin, al llegar al extremo de la vereda, le descubrió de nuevo distintamente en la cima del montecillo; pero antes de que hubiese tenido tiempo de apuntarle, se arrojó al rio. Fijó entonces el jóven la vista en este, y vió que un hombre, dentro de un botecillo, procuraba ganar á fuerza de remos la ribera opuesta.

—Detente, le gritó, detente, ó te hago fuego.

Pero solo los sordos ecos del rio le contestaron, repitiendo: *fuego... fuego....* El desconocido procuró que el bote se deslizara con mayor velocidad. Una detonacion resonó en el espacio y una bala atravesó el costado de la barquilla; siguióse otro tiro y luego otro: ajitóse el agua á pocas pulgadas del bote; mas el que se alejaba en él, aunque soltó los remos y permaneció un instante parado, muy pronto continuó alejándose. En fin, descargó Rivers el cuarto cañon de su escopeta, y esta vez vió al fujitivo caer sobre la borda del botecillo, hacerle casi zozobrar y desaparecer en el agua, mientras que este, arrastrado por la corriente, se dirigia hácia la costa de la bahia del Espíritu-Santo.

Cuando regresó el joven á la casa de su amada tuvo el consuelo de saber que la herida de esta, aunque grave, no era peligrosa, pues la bala solo le habia atravesado la parte carnosa del brazo izquierdo.

—No sea V. tan pusilánime, le dijo la bella criolla al notar su agitacion y su palidez. Va V. á asustarse por un arañazo? A la verdad que parece que está V. mas enfermo que yo. Vamos, cuénteme V. lo que ha hecho: ¿qué tiros sonesos que he oído á lo lejos?

Rivers refirió lo que acabamos de narrar, y luego que concluyó, añadió Isabel:

—¿Con qué ha dado V. muerte á un hombre por causa tan pequeña?... Muy severo ha sido V... Pero no, no: ha estado bien hecho, porque sin duda alguna fué su intencion asesinar á V., y ha llevado su merecido.

—Tiene V. razon: es con efecto un acto loable el purgar á la tierra de tales monstruos.

—Pero sabe V. quién es? ¿le ha conocido V?

—No me ha sido posible; pero presumo que será mi amigo Savidge.

—Dios mio! exclamó la joven, ojalá se equivoque V., pues de lo contrario poco tardariamos en recibir la visita de los reguladores.

—Oh! nada temo, replicó Rivers; tengo confianza en la justicia de mi causa.

En aquella noche nada se trató de casamiento. Isabel, asustada con las revelaciones que le habia hecho su amante, unió sus instancias á las de su madre para que no saliese de la casa hasta el otro dia por la mañana, á lo menos; pero el joven persistió en partir, alegando que si efectivamente habia muerto á Savidge, esta era una razon mas para que no se detuviese, pues su presencia en la plantacion seria muy necesaria. Despidióse, pues, de las dos señoras, atravesó el rio con la ayuda de Juan el barquero, montó á caballo, y llevando la escopeta apoyada en el arzon delantero de la silla, tomó al galope el camino de su casa, á la que llegó en menos de media hora.

Cuando penetró en las habitaciones interiores, recibió grande placer al descubrir á su amigo recostado en un sofá y envuelto en las nubes de humo que se escapaban de una de esas largas pipas consagradas por los indios al jenio de la paz.

Al siguiente dia notó Rivers que faltaba uno de los negros; y como hablase de ello á Savidge, le contestó este con la mayor tranquilidad é indiferencia que la víspera le envió á pescar al rio, y que su larga ausencia le hacia presumir que sin duda habria zozobrado el bote en que iba, ahogándose el infeliz.

—Tal vez no habrá cumplido bien tus órdenes, repuso Rivers. Savidge se puso encendido; pero nada contestó.

A AURORA.

Aurora, luz de mis días,
norte de mi pensamiento,
gloria, hechizo, sol, portento
de belleza y perfeccion;
sirena, que has cautivado
mis sentidos con tus ojos.
no destreces con enojos
mi marchito corazón.

Derrama, blanca gacela,
tu mirada bienhechora
en el que infelice llora
día y noche por tu amor;
y pues que Dios al formarnos
nos destinó á los amores,
no desgarres con rigores
mi corazón amador.

Yo te amo, bella Aurora,
con el mismo ardor ferviente
que á la cristalina fuente
ama el pardo ruiseñor;
que el ruiseñor en sus aguas
rizadas su sed apaga,
y tu hermosura la llaga
cicatrizada de mi amor.

Estrella polar, que guía
mis pasos en esta vida,
do voy con planta perdida
tras la horrible realidad,

si es que amorosa no quieres
satisfacer mis agravios,
une el coral de tus labios,
únelo, sí, por piedad.

Mas si acaso cariñosa
quieres compensar mi anhelo,
deja escapar, ¡ó mi cielo!
de tu boca de rubí,
de entre la nube aromada
de tu aliento de azucena,
para calmar mi honda pena,
el apetecido sí.

Sol, de donde el sol copió
sus májicos resplandores;
bella flor, de quien las flores
tomaron su grato olor.
acuérdate del que triste
solo por tu amor respira,
y día y noche suspira.
bella Aurora, por tu amor.

Gallarda garza, mi afán
calma, y mi ferviente anhelo
haga escapar, ¡ó mi cielo!
de tu boca de rubí,
de entre la nube aromada
de tu aliento de azucena,
para calmar mi honda pena,
el apetecido sí.

EL TIO CREPÚSCULO.

EL CONTRABANDISTA PRESO.

Ben acá, groria é mij ojos
y lumbreriya é mi bia;
ben acá y rompe, arma mia,
mis caenaj y serrojos.

Que tengo fátiga
tan solo por tí,
y si quieco salí
por verte es no má,
pus bales, Paquiya,
¡ay! mas que el Perú,
bales tú ¡Jesú!...
¡apenas!... ¡qué!... ná!!!

No me pesan las caenas
ni el está aquí enserraito;
pero si que tuj ojitos
no alumbren mi negra pena,
Aquí n' an metío,
mú seguro estoy:
si binieses joy
n' oyeras cantá.
Ay! sí, ben, Paquiya,
salero d' er mundo,
¡ay! ben, que me jundo
por tu caliá.

El jablame está en tu mano
y er que salga del ensierro:
pá que nae quiten el jierro
diña parné al escribano.
Que estando yo juera,
grasiosiya mía,
para tí mi bia
tan solo será.
Y bengan balientes
ocena á ocena,
que pá mi, morena,
no abrá pa empezá.

JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.

CRONICA TEATRAL.

Ninguna función nueva se ha ejecutado después de la aparición de nuestro número anterior, á no ser *La tutora*, comedia en tres actos, que se representó en la noche del 21. Esta composición es un curso de moral puesto en escena; pero tan árido, tan lánguido, tan fastidioso, que el público lo recibió con frialdad. Si el teatro sirve para corregir las costumbres, debe corregirlas divirtiendo, y si esta comedia llena el primer requisito, dista mucho

de alcanzar el segundo. Está llena además de inverosimilitudes; y como la ejecución fue también descuidada, no es de extrañar la apatía en que permanecieron los espectadores durante su representación.

Los cantantes italianos han gustado generalmente, y gracias á ellos hemos visto llenarse el teatro en los tres conciertos que han dado hasta ahora, cuando en las anteriores representaciones de la compañía de verso ha estado siempre casi desierto, lo que ha debido probar á la empresa que el público mallagueño sabe corresponder á los sacrificios que hace por complacerle; sin embargo, no podemos menos de decir que el mérito artístico de aquellos es muy inferior á los elogios que se les prodigaban antes de ser oídos.

La señora Virginia Grimoldy ha sido una excelente donna, y aun conserva brillantes restos de lo que fué: canta con gusto, con expresión, con maestría, y su acción es excelente. Si continuásemos oyéndola, no dudamos que acabaría por gustarnos también su voz.

La señora Clarisa Veiluti, francesa, cuya aparición en la escena fué saludada con una salva de aplausos, debida á su buena presencia, puede ser calificada de mas que mediana contralto: aunque no es su voz de estension extraordinaria, es tan dulce, sabe sacar de ella tanto partido y canta con tan buen método, que no puede menos de agradar.

Mucho le falta al señor Escolba para ser un buen tenor, y es sin disputa el que menos facultades tiene de los cuatro cantantes que nos ocupan; pero no se encuentra sin embargo tan desprovisto de mérito artístico como algunos quieren suponer. Su voz, aunque no de muy buena calidad, es de bastante estension, y da con limpieza y sin desafinarse los agudos, circunstancia poco comun en los tenores, aun en los que han alcanzado mas renombre. En el magnífico terceto del **Mernani**, que se cantó en el tercer concierto, confesamos que nos dejó complacidos. También la voz de este artista es de las que necesitan oírse mucho para que gusten.

Restanos hablar del señor Albá, barítono de grande estension, aunque de mejores agudos que graves, por cuya razon, y habiendo cantado de bajo en casi todas las piezas en que ha tomado parte, no ha lucido lo que debia, como lo prueba el aria de la **Lucrecia**, que cantó con gusto, maestría y bravura, y que terminó entre estrepitosos y merecidísimos aplausos. El señor Albá gustaría mucho mas si su acción estuviese en armonía con su excelente voz y su buen método.

Nada diremos de la pobreza é inesactitud que hemos notado en los trajes con que se han presentado en la escena estos artistas, pues sabemos que han tenido que contentarse con lo que han encontrado.

La orquesta pudiera haber estado mas feliz; pero no es de extrañar, por la escasez de instrumentos que la componen, bastantes para entretener durante los entreactos de una fúccion de verso; pero insuficientes para un concierto. No crea la empresa que esto es una inculpacion, pues sabemos muy bien que no tiene profesores de quienes disponer.

La señora Guy Stephan y el señor Petipa se presentarán en el mes entrante á este público: se esperan de un día á otro, y vienen de Cadix, donde han alcanzado nuevos y gloriosos triunfos con la **Polka**, el **Jateo de Jerez** y varios pasos tomados de los bailes titulados: **La Gisela**, **La Ondina**, **Las Hadas**, **La Locura**, etc.

No dudamos en pronosticar á la empresa que estos artistas serán para ella un río de oro, pues es seguro que el teatro se llenará cuantas noches se presenten en él. Por de pronto sabemos de positivo que es muy crecido el número de personas que han encargado ya localidades para el abono de 13 representaciones que empezará el 4 del próximo mes de junio. C.